

# AS LECCIONES DE LOS AÑOS OCHENTA<sup>1</sup>

81

Immanuel Wallerstein\*

**C**laramente, los ochenta terminaron con una explosión y no con un gemido. 1989 vio el colapso dramático del marxismo-leninismo en dos sentidos; como forma de gobierno y como sistema ideológico —y polo de atracción política. Para una gran mayoría, lo súbito del colapso (o el solo hecho de que éste ocurriera) fue una sorpresa. Para muchos fue una grata noticia que señaló el triunfo de la libertad sobre el despotismo. Para otros fue una lección descorazonadora, pues marcó el fin de las ilusiones y el enfriamiento (cuando no la desaparición) del optimismo revolucionario.

Los análisis que han aparecido de inmediato para explicar estos hechos tienden a adolecer de una orientación del lado de los aconteci-

\*Director del Centro para el Estudio de las Civilizaciones: FERNANDO BRAUDEL. Nueva York.

<sup>1</sup>Introducción a *Geopolitics and Geoculture. Essays on the changing world-system*. Cambridge University Press/Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge, 1991. Traducción de Ricardo Yoccelevsky.

mientos (para usar la distinción de tres tiempos históricos de Braudel), y son insuficientes en lo estructural o coyuntural. Los grandes acontecimientos —y 1989 fue sin duda un gran acontecimiento—, no pueden ser entendidos inteligentemente si se los analiza en lo primordial en su propio contexto inmediato. Si intentamos esto, no sólo interpretamos mal los hechos sino que, más grave aún, derivamos falsas lecciones de ellos. Esto es lo que me temo que está ocurriendo ahora: estamos pasando por un período (esperemos que sea corto) en el que se presentan implicaciones apresuradas y bastante distorsionadas de los sucesos de 1989.

Se están sacando conclusiones erróneas en el (ex-) mundo comunista, donde la magia del mercado está reemplazando a la magia de la planificación; en tanto el mercado, en gran medida, no será para estos estados un instrumento de bienestar económico más eficaz que la planificación, ya que las dificultades económicas primordiales de ellos no se derivaban (y no se derivan) de sus mecanismos económicos internos sino de su localización estructural en la economía-mundo capitalista.

Se sacan conclusiones equivocadas en el mundo occidental, donde el colapso del leninismo está siendo interpretado como el triunfo del liberalismo wilsoniano, mientras que, de hecho, 1989 representa la defunción no sólo del leninismo sino de los dos polos de la gran antinomia ideológica del siglo xx: la escatología wilsoniana *versus* la leninista. Lo que hemos estado presenciando en Europa Oriental es mucho menos el descubrimiento del espíritu de 1776 o del de 1789 que las repercusiones de 1968.

Se sacan conclusiones inexactas en el tercer mundo, donde el colapso del leninismo está siendo interpretado por muchos analistas como un debilitamiento decisivo de esos países en su lucha contra la dominación económica del norte; en tanto que, en los hechos, la retórica soviética de los últimos cuarenta y cinco años ha sido de una utilidad solamente marginal en la lucha de los países del tercer mundo y la debilidad de su posición actual se deriva, primeramente, de la continuación del funcionamiento de la economía-mundo capitalista, secundariamente de la ineficacia de sus estrategias de "desarrollo nacional" y, sólo en tercer lugar, de la incapacidad (y falta de voluntad) de la URSS para apoyarlos. Acusar a Gorbachev de "revisiónismo" es verlo del lado de los acontecimientos, y tan irrelevante como ver a Lech Walesa como Tom Paine.

*Geopolitics and Geoculture* es una colección de ensayos escritos en los ochenta. El más reciente (capítulo 6)<sup>2</sup> fue escrito en septiembre de 1989. De tal modo que todos fueron escritos antes de los acontecimientos más dramáticos en Europa Oriental (el colapso de los regímenes de la República Democrática Alemana, Bulgaria, Checoslovaquia y Rumania). Dado que los ensayos de la primera parte se ocupan de geopolítica, puede parecer una propuesta riesgosa (o dudosa) el volver a publicarlos. Sin embargo es precisamente debido al "fin de los comunismos" que he seleccionado esta colección para argumentar que éste no es un acontecimiento dramático, súbito e inesperado, sino parte de un proceso más amplio cuyo elemento primario es de hecho, y esto no es en absoluto una paradoja, el fin de la era de hegemonía norteamericana en el sistema mundial. A pesar de muchos comentaristas que han estado celebrando 1989 como el comienzo de la *Pax Americana*, la tesis de este libro es que,

<sup>2</sup>Marx, "Marxism-Leninism, and Socialist Experiences in the Modern World-System", pp. 84-97 del libro. (N. del T.).

muy por el contrario, 1989 marca el fin de la Pax Americana. ¡La Guerra Fría era la Pax Americana! La Guerra Fría ha terminado, y con ella ha terminado la Pax Americana.

Hay tres vectores básicos que deben ser analizados para dar sentido a los acontecimientos de 1989. El primero es el patrón cíclico de hegemonías dentro del moderno sistema mundial, el segundo es el florecimiento entre 1789 y 1968 del (los) enchapado(s) ideológicos de la economía-mundo capitalista y el tercero es la profunda incertidumbre de la evolución, o, cómo ocurren realmente las transiciones de un sistema histórico a otro. La descripción de cada uno de estos vectores es un tema muy amplio. Lo único que puedo hacer en esta introducción es bosquejar un marco vasto y de líneas gruesas, con la esperanza de hacer posible al lector acomodar los detalles contenidos en los sucesivos ensayos que componen el libro (así como en otros de mis escritos).

Una de las estructuras básicas de la economía-mundo capitalista es el ascenso y declinación cíclicos de las "hegemonías" dentro del sistema mundial. He analizado previamente cómo creo yo que opera esta estructura.<sup>3</sup> La mejor fecha para el inicio de la historia de la tercera de las hegemonías, la de los Estados Unidos, puede ser 1873, el comienzo de la llamada "Gran Depresión del siglo diecinueve", el momento a partir del cual se puede decir que la era de la hegemonía británica había llegado a su fin. Por supuesto que Gran Bretaña era todavía bastante poderosa, de hecho, el país más rico y poderoso en el sistema mundial. Pero ya no era hegemónico. Su ventaja económica había desaparecido. A partir de entonces se enfrentó a la competencia crecientemente exitosa de Alemania y de los Estados Unidos, los cuales pasaron a ser rivales por la sucesión. Gran Bretaña encontró que aun la competencia económica francesa volvía a ser un problema.

Las consecuencias geopolíticas fueron bastante profundas e inmediatas. Europa (o Europa en un sentido amplio, para incluir tanto a Rusia como a los Estados Unidos) pasó de una situación en la que prevalecía la voluntad política británica a una de renovado balance de poder, una situación de aguda rivalidad entre grandes potencias y de un incierto reacomodo de alianzas. Por casi medio siglo esta rivalidad se iba a desplegar en el mundo "extra europeo", las zonas periféricas y semi-periféricas de la economía-mundo: la rebatiña por las colonias en África, el sudeste asiático y el Océano Pacífico; el desmantelamiento de los imperios otomano y chino, las intervenciones militares en México, Centroamérica y el Caribe. Y habría un incidente en Sarajevo, una parte de la periferia entrometida en el mismo continente europeo, que disparó el comienzo de la Primera Guerra Mundial como culminación de esta rivalidad interestatal.

El año simbólico no fue sin embargo 1914 sino 1917. 1917 marcó la Revolución de Octubre en Rusia; por supuesto, la llegada al poder de los bolcheviques por la vía insurreccional. 1917 marcó también la entrada de los Estados Unidos a la guerra, el reconocimiento de que el motivo fundamental del conflicto no era en absoluto el destino de los remotos pueblos balcánicos sino la competencia entre los Estados Unidos y Alemania por controlar el sistema-mundo en la era siguiente.

Alemania, obviamente, perdió la Primera Guerra Mundial. Pero, tal como Francia en 1763 rehusó aceptar su derrota en el sistema mundial a

<sup>3</sup>Véase mi "The Three Instances of Hegemony in the History of the Capitalist World-Economy," capítulo 4 de *The Politics of the World-Economy*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984, 37-46.

manos de Gran Bretaña, e insistió en una segunda vuelta de combates (que tendría lugar entre 1792 y 1815),<sup>4</sup> así Alemania rehusó reconocer su derrota en el sistema mundial en 1918 e insistió en pelear otra vuelta (de 1939 a 1945).

Si comparamos la última vuelta del enfrentamiento estadounidense-alemán del siglo veinte largo con la última vuelta del enfrentamiento británico-francés del siglo dieciocho largo, hay una similitud geopolítica notable y una diferencia geocultural igualmente notable. Las tres batallas por la hegemonía en la historia del moderno sistema mundial han enfrentado poderes marítimos a poderes terrestres. Las tres han sido ganadas por los poderes marítimos, pero cada uno necesitó de la ayuda crucial de las fuerzas de tierra de un poder continental. Gran Bretaña necesitó el apoyo de Rusia en la última vuelta para poder derrotar a Francia, y los Estados Unidos necesitaron la misma ayuda rusa en la última vuelta para derrotar a Alemania.

Pero aquí aparece la divergencia geocultural. Francia tuvo una revolución en 1789, y este hecho fue de un enorme valor geopolítico para Francia en la última vuelta. Cuando las tropas francesas cruzaban las fronteras europeas (bajo la Convención, el Directorio y el Imperio) lo hacían, al menos al comienzo, como la avanzada victoriosa de un ideal universalizante. Ellas encarnaban la "revolución" contra el *ancien régime*.

Alemania no tuvo una revolución universalizante similar antes de su última vuelta. (Casi la tuvo, el mundo la esperaba y los bolcheviques rusos contaban con ella). Pero esa revolución no ocurrió. Quizá los espartaquistas lo intentaron demasiado temprano. Quizá deberían haber esperado hasta 1933. Sin embargo, en 1933 los espartaquistas estaban fuera del juego y la única revolución que Alemania pudo tener fue de espíritu anti-universalista. Cuando por subsecuencia las tropas alemanas cruzaron fronteras no fueron saludados (con la excepción de Austria), ni siquiera al comienzo, como héroes revolucionarios sino como agentes de la obscuridad. Esta diferencia geocultural —el hecho que fuera Rusia y no Alemania la que encarnara a partir de 1917 un ideal universalista— condujo a una situación geopolítica muy curiosa y ambivalente.

1917 fue un punto de quiebre en otro sentido más todavía. Fue el momento de la entrada en la escena mundial de los dos grandes ideólogos del siglo veinte —Woodrow Wilson y Nicolás Lenin. Wilson propagaba el americanismo, o la oferta de "hacer seguro al mundo para la democracia". Lenin propagaba el comunismo, o la oferta de poner en el poder en todas partes a la clase obrera como la clase universal. En ese tiempo, y hasta 1989 estos dos proyectos fueron presentados como ideologías antagónicas y alternativas. Aun así, ellas tenían en común más de lo que cualquiera de los dos campos estaría dispuesto a admitir. Ambas compartían la herencia del iluminismo y la creencia que la humanidad puede, racional y conscientemente, construir la buena sociedad. También compartían la creencia de que el estado era un instrumento clave de esta construcción en tanto *locus* del proceso de toma de decisiones colectivas conscientes y racionales. Compartían una visión secular del futuro y, para los pueblos periféricos del mundo, compartían el ideal de la "autodeterminación de las 'naciones', naciones que serían 'iguales' ". Finalmente, ambas eran esca-

<sup>4</sup>Para un análisis de la lucha franco-británica de 1792 a 1815, y del papel en ella de la Revolución Francesa, véase mi *The Modern World System, III: The Second Era of Great Expansion of the Capitalist World-Economy, 1730-1840s*. San Diego, Academic Press, 1989, capítulo II, pp. 55-126.

tologías. Compartían la visión de que la historia se estaba moviendo inevitable y cada vez más rápidamente en la dirección de sus ideales universalistas los cuales, al final, según ellos, no excluirían a nadie.

Por supuesto, no es necesario exagerar. Había muchas diferencias entre "americanismo" y "comunismo", y los textos de ambos lados las han explicado latamente. Más aún, en la práctica, al igual que en la teoría, había también diferencias. Pero, ¿eran enemigos? Estaba la dificultad y el dilema de que era Rusia, y no Alemania, la que encarnaba el leninismo. Porque la realidad geopolítica era que en 1917 (y hasta 1945) el antagonista geopolítico principal de los Estados Unidos siguió siendo Alemania y, en 1917 (y hasta 1945) los Estados Unidos necesitarían el apoyo del ejército ruso para ganar su "Guerra de Treinta Años". De aquí el dilema norteamericano: cómo desarrollar su Guerra Fría con la URSS (comenzada en 1917 y no en 1945, como nos recuerda André Fontaine)<sup>5</sup> mientras simultáneamente peleaba (o se preparaba para pelear) una guerra de verdad con Alemania. Y de aquí el dilema soviético complementario: cómo seguir el leninismo "revolucionario" defendiéndose, al mismo tiempo, del peligro más inmediato de la expansión militar alemana. Por razones militares, la URSS necesitaba a los Estados Unidos tanto como éstos a ella. Más aún, la URSS mantuvo a los Estados Unidos como modelo tecnológico, si bien no como modelo de organización económica. (De ahí el lema de Lenin: "el comunismo es igual a los soviets más electricidad").

La genialidad de Roosevelt y Stalin fue haber encontrado la fórmula que, para bien o para mal, permitiría esta colaboración de presuntos enemigos ideológicos unidos simbióticamente. La fórmula es lo que popularmente hemos llamado Yalta no los acuerdos formales particulares alcanzados allí sino el espíritu que éstos encarnaban y con el cual, se debe subrayar, Churchill no discrepaba. De hecho, el discurso de Churchill en Fulton, Missouri, en 1946, en el cual acuñó la frase "cortina de hierro" no era la derogación de Yalta sino su consagración formal.

En la gran construcción de la hegemonía norteamericana después de 1945 había dos pilares militares. Uno era la OTAN, que le aseguraba a los Estados Unidos la fuerza militar necesaria para perseguir sus objetivos políticos y económicos. El segundo era el arreglo con la URSS que aseguraba que esa fuerza militar nunca sería necesaria en la única arena en la cual la guerra no podía ser ganada (aun cuando tampoco se perdiera) la guerra nuclear en Europa.

La enorme atención pública que atrajeron los componentes militares del empate en esta Guerra Fría ocultó el crucial trato político-económico que subyace al equilibrio europeo de 1945-89. Lo que los Estados Unidos ofrecieron a la URSS, y ésta estuvo feliz de aceptar, fue la creación de una *chasse gardée* soviética en Europa Oriental, dentro de la cual la URSS podría fijar las reglas políticas, económicas y culturales, siempre y cuando permaneciera dentro de esos límites.

Las ventajas para ambos participantes en este trato eran muy grandes, de otra manera nunca se habría mantenido. Para la URSS había tres ganancias principales. Primero, el arreglo le permitía explotar económicamente esa zona extrayéndole "reparaciones de guerra" masivas. Segundo, le ofrecía a la URSS un escudo militar que la protegiera de un resurgimiento alemán (cuya necesidad se derivaba de un error de apre-

<sup>5</sup>Véase André Fontaine, *Histoire de la guerre froide*, 2 vols. Paris: Fayard, 1969, 1971.

ciación, psicológicamente comprensible, de las realidades geopolíticas *post* 1945). Tercero, y quizá lo más significativo a largo plazo, este arreglo le permitía a la URSS contener (e incluso suprimir) las tendencias socialistas revolucionarias en Europa Oriental, en Europa Occidental y en el resto del mundo. Este último empeño fue más exitoso en Europa (del Este y del Oeste) que en otras partes del mundo, pero fue visto como crucial para el sistema soviético (tal como lo había construido Stalin); el que la URSS mantuviera el monopolio del discurso comunista y que ninguna revolución "aventurera" en el tercer mundo viniera a deshacer el equilibrio tan cuidadosamente construido con los Estados Unidos.

Esto deja en claro los intereses de los Estados Unidos en el arreglo. La URSS era, en efecto, el poder subimperial de los Estados Unidos para Europa Oriental, y bastante eficiente. Las purgas de 1948 eliminaron cualquier elemento "izquierdista" independiente que anduviera aún por ahí. Pero esto no agota las ventajas de los Estados Unidos. El bloque soviético era "innecesario" para la expansión económica inmediata de la economía-mundo. Los Estados Unidos tenían todo lo que podían manejar ya con la "reconstrucción" de Europa Occidental y Japón. De ahí que estuviera bastante contento de ser relevado por el momento de cualquier obligación que implicara gasto en el bloque soviético, sabiendo que no habría problemas más tarde para reintegrar la zona a las cadenas de mercancías de la economía-mundo.

La ganancia final de los Estados Unidos era la réplica de la ventaja final de la URSS. Cada discurso ideológico sostenía al otro, y ninguno de los dos era plausible sin el otro. La Guerra Fría permitió a cada lado, en nombre del americanismo y del leninismo, mantener un orden estrecho en su campo, hacer limpieza como les pareciera y reorientar las mentalidades de las futuras generaciones.

El arreglo Estados Unidos-URSS funcionó en la medida que la hegemonía de los Estados Unidos en el sistema mundial permaneció relativamente incuestionada. Pero, por supuesto, las hegemonías alimentan su propia destrucción. La manera como esto ocurrió es ampliamente discutida en los ensayos que siguen. Los dos factores principales fueron; primero, el desarrollo de la potencia económica de Europa Occidental y de Japón, que los convirtió en competidores económicos de los Estados Unidos y condujo a su creciente independencia política, y, segundo, la falta de voluntad de algunos países del tercer mundo para aceptar el destino que les deparaba Yalta, lo cual condujo a revoluciones en China, Vietnam, Argelia y otra partes.

También se discute en detalle cómo estas dificultades crecientes condujeron a la revolución mundial de 1968: el doble papel de 1968 como revolución contra la hegemonía de los Estados Unidos y como rechazo de la "Vieja Izquierda"; su supresión organizacional mundial, su éxito de largo plazo en socavar las premisas ideológicas de la izquierda tradicional y su corriente subterránea continua de subversión del orden mundial.

Otro tema tratado aquí son las formas en que los Estados Unidos buscaron aminorar las consecuencias de su decadencia económica utilizando las instituciones de hegemonía que había construido, primero a través de la "postura baja" de Nixon-Ford-Carter y, más tarde, vía el machismo de los años de Reagan. También se discuten las razones por las que ninguna de las dos tácticas puede hacer otra cosa más que moderar el paso de la decadencia.



Finalmente, cuando el poder de los Estados Unidos estuvo suficientemente erosionado, la URSS no tuvo más remedio que entrar en las peligrosas aguas de la *perestroika* y la *glasnost* de Gorbachev, con la esperanza de que el papel de gran potencia de la URSS (o al menos el de Rusia) pueda sobrevivir al naufragio de la Pax Americana.

Finalmente, en estos ensayos discuto el curso probable de los realineamientos geopolíticos mundiales en la próxima expansión económica mundial, en la primera parte del siglo XXI.

En cierto sentido, toda esta discusión de la era hegemónica de los Estados Unidos tiene que ver sólo con un ritmo cíclico del moderno sistema mundial. Los acontecimientos de 1989 necesitan ser puestos también en el contexto de las tendencias seculares del sistema y en los límites estructurales de sus curvas lineales.

La consecuencia principal que tuvo para la economía-mundo la Revolución Francesa, como hecho de la historia mundial, fue la maduración de un sistema de valores que vendría a ser el más consonante con la incesante acumulación de capital. Los acontecimientos de 1789-1815 transformaron la conciencia política prevaleciente, imponiendo en la mentalidad general la noción de la normalidad del cambio y la previsibilidad de la evolución continua de los mecanismos políticos del sistema. Fue en respuesta a esta nueva *Weltanschauung* que el siglo XIX vio el surgimiento de las tres ideologías del sistema mundial moderno-conservadurismo, liberalismo y socialismo —y la institucionalización concomitante de los modos de traducir estas ideologías en realidad empírica, es decir, las ciencias sociales históricas.<sup>6</sup>

<sup>6</sup>Para una discusión de estos desarrollos decimonónicos véase mi "The French Revolution as a World-Historical Event," *Social Research*, LVI, 1, Primavera de 1989, pp. 33-52.

En la lucha de las tres ideologías entre sí, que en la práctica política resultó a menudo en la alianza de dos de ellas contra la tercera, las líneas que distinguían sus posiciones eran muy borrosas. Las tres posiciones estaban lejos de ser fijas. Eran tonalidades más que dogmas, principalmente preferencias acerca de la velocidad y extensión del cambio social y el papel que en él le cabría al estado. No hay dos analistas sociales que hayan expresado estas posiciones exactamente de la misma manera. Si había tres tonalidades, había innumerables posiciones filosóficas específicas.<sup>7</sup>

Un análisis de la evolución de las tres expresiones ideológicas muestra que después de 1848, y hasta 1968, el liberalismo emergió como la ideología claramente dominante. Era dominante en un sentido muy simple: tanto el conservadurismo como el socialismo se definieron crecientemente a sí mismos en términos de categorías liberales, tanto así que parecía no haber ya lugar para el liberalismo puro, en el mismo momento que el liberalismo no podía ser dejado de lado. Después de 1848, se podría argumentar, había en la práctica sólo dos ideologías: liberalismo conservador *versus* liberalismo socialista, con el marxismo crecientemente absorbido por la atracción, liberal, primero en su versión Bernstein, luego en su versión Kautsky y, finalmente, en su versión leninista.

El liberalismo tenía dos puntos fuertes. Reflejaba la tendencia fundamental del sistema-expansión incesante, continua adaptación de la forma pero reproducción permanente de la substancia, junto con la perspectiva de participación universal en la buena sociedad, a pesar de lo desigual que ésta fuera todavía. Esta fortaleza es bien conocida, pero la segunda es menos frecuentemente reconocida. De hecho, a menudo es negada. El liberalismo es la única ideología que permite el reforzamiento a largo plazo de las estructuras estatales, la base de sustentación estratégica de una economía-mundo capitalista que funcione. El conservadurismo y el socialismo apelan, más allá del estado, a una "sociedad" que encuentra su expresión en otras instituciones. El liberalismo, precisamente porque es individualista y contractual, encuentra la resolución última de los conflictos en las decisiones estatales, siendo el estado el único al que se presume sin "intereses" propios, siendo el vector de los acuerdos mayoritarios y del consenso.

El papel de árbitro es el más fuerte que se puede asignar al estado. Es por esto que el liberalismo es reformista, y por esto el reformismo es reforzador del estado. El liberalismo legitima al estado mientras que el conservadurismo y el socialismo lo socavan filosóficamente. Sin embargo, como el sistema de estados es esencial para el funcionamiento de una economía-mundo capitalista, ni el conservadurismo ni el socialismo podrían prevalecer en su forma pura dentro de una economía-mundo capitalista. Tenían que tomar la forma de una mezcla, ya sea liberalismo conservador o liberalismo socialista.

El gran cambio de 1917 no estuvo en esta antinomia ideológica sino en el hecho que lo que hoy llamamos el conflicto Norte-Sur pasó a primer plano por primera vez. Y esta cuestión es la que permite dar cuenta de la trasposición que la antinomia de fines del siglo XIX sufrió en el siglo veinte para convertirse en el enfrentamiento americanismo *versus* leninismo. Las

<sup>7</sup>Para una explicación más desarrollada de este argumento véase mi "Trois idéologies ou une seule? Le problème de la modernité," en E. Balibar e I. Wallerstein, Eds., *Les Trois idéologies* (en prensa).



zonas periféricas de la economía-mundo eran el objeto de la "autodeterminación" wilsoniana y los países que había que hacer "seguros para la democracia". La Revolución Rusa, a su vez, ocurrió en el estado que era el más "atrasado" de la Europa industrial pero, simultáneamente, el más "avanzado" de los estados que no era parte del centro del sistema. Si en 1917 Lenin todavía usaba un discurso obrerista europeo, para el Congreso de los Pueblos del Oriente, en 1920 (en Bakú), era claro que el leninismo había devenido la expresión del liberalismo socialista para el Sur, todavía llamado el Oriente en 1920.<sup>8</sup>

Es esta íntima connivencia de las versiones wilsoniana y leninista del liberalismo universalizante lo que da cuenta de la facilidad con que se pudo establecer la colusión Estados Unidos-URSS (tras la fachada, de enemistad). Da cuenta también de la facilidad (y acierto) con que los rebeldes de 1968 pudieron poner a los dos regímenes y a las dos ideologías en el mismo saco. 1968 deshizo el consenso que siguió a 1848.<sup>9</sup>

La revolución de 1968 cuestionó los axiomas liberales en todas sus manifestaciones. Cuestionó sobre todo la creencia de que el estado era un árbitro racional de la voluntad colectiva consciente. Los revolucionarios de 1968 cuestionaron no sólo a los que estaban en el poder en las estructuras mismas del estado sino a todos aquellos en el poder en los "aparatos ideológicos" del mismo. Cuestionaron por lo tanto a todos los movimientos antisistémicos clásicos, precisamente porque, en muchos casos, éstos habían llegado al poder y estaban utilizando el mito del estado como árbitro (o encarnación) de la voluntad colectiva consciente. Reducir el estado a ser un "actor" político entre muchos otros era el objetivo implícito de los "nuevos" movimientos antisistémicos. De ahí se desprende que la estrategia histórica de la "Vieja Izquierda" —la búsqueda del poder estatal no era ya vista como crucial para la transformación de la sociedad y, más aún, para muchos era completamente contraindicada.

El rechazo del liberalismo como ideología (tanto en su forma wilsoniana como en la leninista) no fue un episodio menor. Representó una ruptura fundamental con lo que yo llamo la geocultura de la economía-mundo capitalista. Algunos describen esta geocultura como la superestructura de esta economía-mundo. Yo prefiero pensarla como su substrato, la parte que permanece más oculta a la vista y por lo tanto es más difícil de evaluar, pero sin la cual el resto no se alimentaría. La llamo geocultura, por analogía con la geopolítica, no por su carácter *supra*-local o *supra*-nacional sino porque representa el marco cultural dentro del cual opera el sistema mundial.

Desde 1968, y especialmente en los ochenta, el cuestionamiento a la geocultura ha tomado tres formas principales que son, de hecho, variaciones sobre el mismo tema: el rechazo a las pretensiones universalistas del liberalismo. La primera forma es la concentración intelectual en la "cultura", en oposición a la concentración en la economía o en la "política". Es elemental decir que esto es el resultado de la desilusión respecto de la eficacia que para transformar el mundo tenga el alterar sus formas económicas o políticas.

Esta desilusión —el corazón de 1968— ha llevado a muchos a visualizar la "cultura" como una arena alternativa en la cual, al fin, la acción humana

<sup>8</sup>La apreciación teórica más clara de esto está en los escritos de M. Sultan-Galiev. Véase "The Social Revolution and the East," *Review*, VI, 1, Verano de 1982, pp. 3-11.

<sup>9</sup>Véase G. Arrighi, T.K. Hopkins e I. Wallerstein, "1968: The Great Rehearsal," en *Antisystemic Movements*. London, Verso, 1989, pp. 97-115.

podría ser eficaz. Un tema constantemente recurrente en la literatura reciente acerca de la "cultura" es el concepto de "agencia", una propuesta de análisis anti-determinista que busca poner énfasis en los (agentes) de la historia. En contra de las llamadas presiones objetivas que, se dice, provienen del campo político-económico, los acólitos de la cultura afirman la intrusión de la acción humana como posibilidad intrínseca, como fuente de esperanza colectiva. La gente es oprimida (por los estados), pero la gente (y/o la *intelligentsia*) tiene el poder (y lo ejerce) de forjar su propio destino. Usando este análisis resulta un misterio el cómo es posible que sigamos viviendo en este sistema opresivo que parece persistir. Pero no es necesario ser cínico al respecto. La preocupación por la "cultura" representa la búsqueda de salidas del sistema existente. Salidas que no sean las panaceas "clásicas" que parecen haber fallado. De esta se manera apoya la actividad política.

La segunda manera de cuestionar la geocultura está en la creación de los conceptos de racismo y sexismo. Estos conceptos no son sólo una nueva presentación para preocupaciones viejas. Son un reconocimiento tardío de una característica fundamental de la geocultura de la economía-mundo capitalista: la inherente necesaria existencia del sexismo y el racismo dentro de sus estructuras a pesar de (o aun debido a) sus pretensiones universalizantes. Este cuestionamiento ha tomado tanto formas intelectuales como organizativas: la creación de nuevos campos de estudio y de nuevos tipos de movimientos sociales. Esta segunda forma de cuestionamiento se traslapa con la preocupación genérica por la "cultura" pero es más específica (y mejor centrada), por lo que sus implicaciones políticas han sido más claras.

Sin embargo, las implicaciones políticas no son del todo claras ya que el debate acerca de ellas constituye todavía la principal línea de división interna en los movimientos antisexistas y antirracistas. La búsqueda (y la validación) de la "identidad" le sirve a algunos como marco para una alianza antiuniversalista, pero mundial, de luchas cuya promesa última es la creación de una geocultura completamente nueva. Pero esta misma búsqueda sirve a otros como un separatismo populista renovado –y los desarrollos recientes en el (ex-) mundo comunista muestran que esas zonas no son diferentes en este aspecto– el cual es fácilmente recuperado dentro del marco del liberalismo universalizante de la economía-mundo capitalista.

Finalmente, el cuestionamiento a la geocultura se encuentra en la "nueva ciencia", que constituye un ataque directo al pilar intelectual más anti-guio del sistema mundial moderno: la ciencia basada en la tradición de Bacon y Newton. La relación existente entre la "crisis en la ciencia", la crisis en el sistema mundial y la crisis en los movimientos es discutida en varios de los ensayos de este volumen. En este punto sólo quisiera subrayar la relación con la preocupación por la "cultura" y con el "racismo-sexismo". Los físicos y los matemáticos tienden a vivir en un mundo remoto con respecto a "humanidades", y aún más remoto con respecto a los movimientos antirracistas y antisexistas. En general estos grupos no se hablan ni se leen entre ellos. De tal modo que, cuando la "nueva ciencia" es "descubierta" fuera de los recintos cerrados de la academia científica, tiende a ser interpretada de manera muy romántica, a partir de eso, pierde su poder intrínseco como herramienta analítica. La fortaleza profunda de la rebelión en contra de la centralidad en el análisis científico de los procesos de equilibrio y lineales y en contra de la posibilidad de la precisión

total descansa no tanto en algún rechazo a la empresa científica básica —la comprensión óptima de la realidad material— como en un acercamiento del método científico (reinterpretado como el intento de interpretar la complejidad más que como el intento de reducir la complejidad al minimalismo) con el trabajo inteligente en las ciencias sociales y las humanidades. Es precisamente la negación del concepto de las dos culturas —la ciencia y *versus* las humanidades— lo que constituye el empuje esencial. El concepto de las dos culturas servía a los mismos propósitos (y de hecho era esencialmente la misma cosa) que la distinción entre las epistemologías nomotética e idiográfica en las ciencias sociales, como pilar del sistema geocultural de la economía-mundo capitalista. La “nueva ciencia” ha socavado fatalmente las premisas de la ciencia baconiana-newtoniana, y es, por lo tanto, un elemento fundamental en el cuestionamiento post 68 de la geocultura, a pesar de la poca conciencia de este hecho que puedan tener algunos de los “nuevos científicos”.

Y así llegamos al último elemento necesario en el análisis de 1989: la crisis del sistema, o las incertidumbres de la evolución. Uno de los malentendidos más extraordinarios es ver a 1989 como alguna forma de reforzamiento del sistema. Los cambios de régimen de 1989 fueron, ya lo hemos dicho, el resultado de la continuación latente de la revuelta de 1968. Que su expresión local estuviera dirigida en contra del discurso (y la praxis) del leninismo previamente dominante a nivel local, no le quita nada como rebelión en contra del liberalismo. Que momentáneamente, y en desesperación, los nuevos gobiernos busquen su salvación en el “mercado” y en otras fórmulas del FMI no es más significativo, y probablemente tampoco será de mayor beneficio, que lo que esto mismo ha sido para Tanzania, Brasil o la República Dominicana. Esto quedará muy pronto en claro para la población de estos países.

El modelo de evolución del sistema mundial que se usa aquí está derivado de los modos de análisis de la “nueva ciencia”, tal como se sugiere en muchos de estos ensayos. Dicho brevemente, se trata de que la economía-mundo capitalista es un sistema histórico, por lo cual tiene una vida histórica: tuvo su génesis, tiene un conjunto de ritmos cíclicos y tendencias seculares que lo caracterizan y tiene contradicciones internas que conducirán a su eventual desaparición.<sup>10</sup> El argumento es que las contradicciones de corto plazo conducen a soluciones de mediano plazo que se traducen en curvas lineales que se aproximan a asíntotas.<sup>11</sup> En la medida que se aproximan a estas asíntotas, las presiones para retornar al equilibrio disminuyen, conduciendo a oscilaciones cada vez más grandes y a una bifurcación. En lugar de grandes fluctuaciones al azar que resultan en pequeños cambios en la curva, pequeñas fluctuaciones resultarán en grandes cambios.

La inminencia de la bifurcación, producida por el hecho que ya no hay soluciones de mediano plazo fácilmente disponibles para las contradicciones de corto plazo, es desastrosa para el sistema. En efecto, el colapso

<sup>10</sup>Esto fue argumentado originalmente en 1974 en “The Rise and Demise of the World Capitalist System: Concepts for Comparative Analysis,” reimpresso como capítulo 1 de *The Capitalist World-Economy*. Cambridge, Cambridge University Press, 1979, pp. 1-36. (Versión en Español: “El ascenso y futura muerte del sistema capitalista mundial: conceptos para el análisis comparativo,” *Cuadernos de la Sociedad Venezolana de Planificación*, Nos. 122/123, marzo-abril 1975, pp. 7-35.

<sup>11</sup>Se fundamenta esto con más detalle en mi “La crisis como transición” en S. Amin et. al., *Dinámica de la crisis global*. México: Siglo veintiuno Editores, 1983, pp. 14-60.

del leninismo es una muy mala noticia para las fuerzas dominantes en la economía-mundo capitalista. Ha removido la última fuerza políticamente estabilizadora importante dentro del sistema. No será fácil volver a pegar a *Humpty Dumpty*.

Este hecho no es necesariamente una buena noticia para los opositores al sistema. Los resultados de las bifurcaciones son impredecibles. Lo que reemplazará a la economía-mundo capitalista eventualmente puede ser mejor, pero también podría ser peor. Por lo tanto no hay razones ni para celebrar ni para desesperarse. Sin embargo, hay un elemento fundamentalmente estimulante. Lo que vaya a ser, será el resultado de nuestros esfuerzos colectivos, en buena medida tal como se expresan en el trabajo de los nuevos movimientos antisistémicos. Mientras que antes grandes fluctuaciones resultaban en pequeños cambios (de ahí el "determinismo" y de ahí la desilusión con los resultados del reformismo, aun cuando se llamaran "revolución"), ahora pequeñas fluctuaciones resultarán en grandes cambios (de ahí la apertura para la verdadera "acción" y de ahí la responsabilidad que todos tenemos).

El sistema mundial está ahora en una mutación. Ya no es el momento para la acumulación constante y menor de ciclos y tendencias. 1989 es probablemente una puerta cerrada al pasado. Quizá hemos llegado al verdadero reino de la incertidumbre. El sistema mundial continuará, por supuesto, funcionando, e incluso funcionando "bien". Es precisamente porque continuará funcionando como lo ha hecho durante 500 años, en busca de la acumulación incesante de capital, que pronto no podrá ya funcionar de esta manera. El capitalismo histórico, como todos los sistemas históricos, perecerá debido a sus éxitos y no a sus fracasos. Mutis Lenin. Mutis Wilson.